JOSÉ PEDRO BASTITTA

El futuro Presidente y su programa de gobierno

Reportaje de actualidad.

« Sin pensar que el silencio de don B. Brum, como el de Sieyes, sea « una calamidad públida », creemos, empero, que el más elemental respeto a su país, debía haberlo obligado, como se estila en todas las democracias del mundo, a presentar, ante el pueblo, su programa, sus vistas, sus anhelos de candidato a la Presidencia de la República ».

(Editorial de *El País*, Enero 25 de 1919).

Editor:
Maximino García
Sarandí, 461 — Ituzaingó, 1416
Montevideo
1919

JOSÉ PEDRO BASTITTA

El futuro Presidente y su programa de gobierno

Reportaje de actualidad

« Sin pensar que el silencio de don B. Brum, como el de Sieyes, sea « una calamidad públida », creemos, empero, que el más elemental respeto a su país, debía haberlo obligado, como se estila en todas las democracias del mundo, a presentar, ante el pueblo, su programa, sus vistas, sus anhelos de candidato a la Presidencia de la República »

(Editorial de *El País*, Enero 25 de 1919).

Editor:
Maximino García
Sarandí, 461 — Ituzaingó, 1416
Montevideo
1919

Síntesis de su programa de gobierno. La unificación colorada. El nuevo régimen. La autonomía de los municipios. La cuestión rural. El impuesto al ausentismo. La fuerza pública y las relaciones exteriores. La actividad política y las cuestiones económicas. Las innovaciones legislativas, políticas y sociales. La cuestión social, las luchas entre el capital y el trabajo, las reivindicaciones feministas. El espíritu norte americano. El viaje por América El presidente Wilson. Los ataques a la política internacional del doctor Brum. Declaraciones al "Evening Standard" de Norte América. La intensificación de relaciones con los países del continente. Los ejércitos y los armamentos de América y la institución de un tribunal de justicia internacional. La libertad de acción como primera necesidad del gobernante. La liberación de todo prejuicio. Las satisfacciones y las contrariedades que se recojen en el poder. La acción que el aplauso ejerce en el gobernante. Móviles a que ajustará su conducta. Concepto que de la vida tiene el doctor Brum. En torno de un pensamiento de Nietsche. El espíritu combativo del candidato. Prefiere la lucha a la calma.

Hace algunos días un diario opositor de esta capital,—« El País » – escribió un editorial titulado « El silencio de don B. Brum ». Su primer párrafo decía textualmente: « Sin pensar que el silencio de don B. Brum, como el de Sieyes, sea «una calamidad pública », creemos, empero, que el más elemental respeto a su país debía haberle obligado, como se estila en todas las democracias del mundo, a presentar, ante el pueblo, su programa, sus vistas, sus anhelos de candidato a la Presidencia de la República ». Leer ésto y lanzarnos en busca del candidato fué todo uno. En el camino íbamos pensando que los diarios opositores, que tanto elogian a Irigoyen, parecen haber olvidado el hermetismo que caracterizó a este gobernante antes de ser presidente y ahora que lo es.

Ya un gran diario porteño ha llamado, por ello, a la gente oficial de la otra banda, « Los compañeros del silencio ». Pero, es claro, lo que aquí puede ser malo, allá no lo es... Dejémonos, pues, de digresiones y al grano. — Con el doctor Brum no pudimos hablar pero esto poco o nada supone. Ibamos a hacerle un reportaje y, aún sin haber conversado con él, se lo hemos hecho. No acostumbramos dejarnos vencer por los obstáculos, pues sabemos llevar « el mensaje a García » ...

Bien: supongamos que hemos llegado a la casa del candidato y que, sin mayores esperas, nos ha recibido el mismo doctor Brum en persona que, con su eterna sonrisa benévola y su amplia espontanei-

dad, nos ha extendido la diestra amiga. Luego le exponemos el «caso». Y aquí entramos al reportaje. Imaginemos que se ha producido una serie de preguntas nuestras y una sucesión de respuestas del candidato que a todo ha contestado rectamente, en forma concreta, clara y precisa, sin ambigüedades ni subterfugios. De esta conversación habría resultado el siguiente diálogo que reconstruimos:

— Hay necesidad, doctor, de que usted hable. «El más elemental respeto a su país debe obligarlo, como se estila en todas las democracias del mundo, a presentar, ante el pueblo, su programa, sus vistas, sus anhelos de candidato a la Presidencia de la República».

— Perfectamente. No me había apercibido de eso hasta ahora. Ha sido necesario ese editorial, de que usted me habla, para que me dé cuenta de que debo salir de mi hermetismo. ¿Qué desea usted saber?

— Deseo de usted una síntesis de su programa de gobierno.

— Es muy simple: «Me esforzaré, con todas mis energías, por consolidar y superar más, si es posible, nuestra alta posición internacional; he de vincular, cada vez más nuestro país, a todas las naciones, y he de servir este principio fraterno de panamericanismo que constituye actualmente la base fundamental de nuestra política internacional; me dedicaré con especial preferencia a la organización militar, hasta hacer del ejército un organismo técnico que pueda responder a la alta misión que le confía la patria; me preocuparé de seleccionar el personal de policías y de que éstas cumplan correctamente con sus deberes». (De un discurso pronunciado en la convención colorada al aceptar su proclamación a la Presidencia de la República).

— Eso ya es mucho, pero no es todo. ¿ Me permitirá que le haga una serie de preguntas ?

— Todas las que usted quiera. No deseo que mi silencio sea « una calamidad pública ».

— Perfectamente. ¿ Qué piensa, usted, de la unificación colorada ?

— «Por temperamento y convicción, creo que ha llegado el momento de que desaparezcan los agravios que han dividido y que mantienen dividida a nuestra colectividad política. Y para esto es necesario que todos — sobre todo nosotros — olvidando cualquier rencor, aunemos esfuerzos y seamos factores de armonía y unificación». (Del mismo discurso).

— Muy bien, doctor ; no esperaba manifestaciones suyas tan concretas. Dígame, ahora : ¿ Qué opina del nuevo régimen constitucional ?

— « Consecuente con mis ideales colegialistas y convencido de que se ha cometido un grave error al concentrar en las manos del Presidente una suma tan grande de poderes, no seré jamás un obstáculo a que se introduzca una reforma constitucional, que atenúe esa fuerza excesiva, o que se suprima la Presidencia de la República estableciendo el colegiado en su forma más amplia. Y, a ese efecto, me comprometo por mi honor, en presencia de mi partido, en presencia de mi país, a que en cualquier momento en que la voluntad de éste sea la de suprimir la Presidencia de la República, a abandonarla para que se implante en forma amplia el Colegiado ». (Del mismo discurso).

— Se le ha acusado, doctor, de ser usted enemigo de la gente rural. ¿ Qué nos podría decir al respecto ?

— Que esa afirmación no es exacta. « Una natural tendencia de mi espíritu y un arraigado convencimiento de la importancia fundamental que en los

destinos nacionales juegan las industrias agropecuarias, han determinado, en mí, especiales predilecciones por los asuntos rurales, los que constituyen tema familiar en mi vida privada, y han merecido la atención preferente de mi vida pública. Me ha sido especialmente grato concurrir a diversos congresos rurales los que me han permitido encontrarme en mi medio favorito, compartiendo recuerdos y los mismos propósitos de mejoramiento del ambiente rural, al que me vincula, no solamente la aspiración patriótica de la grandeza de la República, sino, también, el interés privado, porque el progreso de nuestra campaña repercute de un modo directo en el bienestar económico de mi hogar. La obra de estos congresos debe merecer, y ha merecido, siempre, una consideración preferente de los poderes públicos, porque representa una genuina exteriorización de los anhelos de todas las fuerzas rurales.

« En ellos, en efecto, están representados desde el estanciero poderoso hasta el modesto agricultor, y unos y otros colaboran para mejorar las condiciones morales y materiales de nuestra campaña, cuyo esplendor no puede concebirse sino por el esfuerzo de todos. Todos, poderosos y humildes, en el mismo rango, con fundamental trascendencia, son factores del progreso nacional, que es la suma de todas las fecundas actividades individuales.

«Yo, por mi parte, siempre he sentido una profunda simpatía por las iniciativas rurales y he seguido, con gran interés, esa labor meritoria estudiando, con el mayor cuidado, todo lo relativo a ella. En todos los puestos públicos que he desempeñado, realicé gestiones que acreditan mi interés por la campaña y por la prosperidad de los pueblos y ciudades del interior, contando siempre, no solo con el beneplá-

cito, sino, además, con el estímulo para la iniciativa, del señor Batlle primero y del doctor Viera después, cuyos gobiernos, inspirados en el laudable propósito de realizar el bien público, dieron especial preponderancia a las cuestiones ganaderas y agrarias y a todo lo que interesa al progreso departamental. Y si hasta ahora he sido un entnsiasta amigo de esa obra, aseguro que continuaré siéndolo desde la presidencia ». (Discurso pronunciado en un congreso rural verificado en el Salto).

— Sin embargo de todo eso, se le achaca a usted haber fomentado nuevos gravámenes contra la propiedad rural y entre ellos, el impuesto al ausentismo.

— Sobre ese asunto me excuso de darle opinión. Me remito a un suelto publicado por « La Razón » de Buenos Aires, en fecha 4 de diciembre último, en el que se informa que la Federación Universitaria Argentina dirigió una nota al decano de la Facultad de Ciencias Económicas, doctor Eleodoro Lobos, solicitando se incluya entre los temas de investigación del seminario el del « Impuesto al ausentismo » para que se le estudie a través de las experiencias realizadas en el extranjero y desde el punto de vista de las condiciones y formas de una posible adaptación en la Argentina. En esa nota se cita el ejemplo del Uruguay.

— Consideramos, doctor, que esa iniciativa consagra una de sus buenas obras. ¿ Qué piensa de la autonomía de los municipios ?

— « Siempre creí que la descentralización administrativa era de evidente necesidad para el florecimiento regional. Cuando vivía en el Salto, cuando formaba parte del cuerpo deliberante de aquel municipio y compartía las fecundas actividades de

aquella comuna, aprendí a valorar toda la traba que para el desarrollo de las fuerzas locales significaba el régimen centralista de la constitución actual. Y cuando los sucesos me llamaron a intervenir en el convénio sobre reforma constitucional, tuve la inmensa satisfacción de contribuir, recordando siempre las enseñanzas allí recogidas, a que el principio de la autonomía local fuera incorporado definitivamente a nuestra carta magna ». (De otro discurso pronunciado en el Salto).

— Cuáles serán sus propósitos desde el punto de vista general al asumir la presidencia?

— « Usted sabe que por la nueva constitución. la forma del P. E. deja al presidente de la república la dirección de la fuerza y de las relaciones exteriores. Sobre el primer punto puedo afirmarle que la fuerza estará siempre al servicio del orden y del respeto a todas las libertades, amparen a quien amparen. En cuanto a las relaciones exteriores, mis principios son de todos bien conocidos. Desde mi puesto en el gobierno, en cuantos discursos he pronunciado, he sostenido el afianzamiento definitivo de la fraternidad americana ». (De un reportaje que en Chile le hizo el corresponsal de « La Nación » de Buenos Aires).

— Este año van a haber elecciones de Consejo de Administración, de Presidente de la República, de renovación completa de la Cámara de Diputados, de consejos locales, de juntas electorales, etc. ¿No cree usted, que esa serie de actos eleccionarios pueda ser perjudicial?

— « Soy partidario decidido de la actividad política del país y no temo los apasionamientos ni las luchas electorales frecuentes y puedo, más bien, asegurar que considero como una gran ventaja para la

democracia, que los pueblos ejerciten continuamente sus derechos hasta que la función política acabe por convertirse en un acto electoral normal de la vida cívica ». (De un reportaje que le hizo « La Nación » de Santiago de Chile).

— ¿ No cree, usted, que esa intensa acción política pueda afectar otros resortes; las actividades económicas, por ejemplo ?

— No, señor. « Dentro del régimen esencialmente político no sólo cabe, sino que puede encontrar un campo aun más favorable, la preocupación por los asuntos de orden ecónomico». (Del mismo reportaje).

— ¿ Cuáles son los efectos prácticos que han producido en el país las innovaciones legislativas, tanto políticas, como sociales ?

— « Casi todas las innovaciones han sido tenazmente combatidas al principio; pero, una vez implantadas, la práctica ha demostrado que los temores existentes eran infundados, y, casi puedo asegurarle que, los propios adversarios de ellas, en el fondo, las aceptan hoy como buenas, aunque no lleguen a confesarlo públicamente ». (Del mismo reportaje).

— ¿ Qué podría decirnos de la cuestión social. De las luchas entre el capital y el trabajo ?

— « Que sólo por una inconcebible aberración puede considerarse que hay incompatibilidad entre las clases obreras y capitalistas, cuando bastaría un poco de buena voluntad de la primera y un poco de buen corazón de la segunda para establecer la anhelada armonía. Debemos al obrero no sólo el apoyo de leyes levemente protectoras, sino que estamos obligados a levantarlo con todas nuestras fuerzas de la inferior situación económica e intelectual en que una mala organización secular lo tiene sojuzgado. No basta que nos preocupemos superficialmente de

mejorar aquella situación; es menester que con tesón y entusiasmo suprimamos ese absurdo que permite que los obreros dediquen toda una vida de penurias al trabajo con objeto de obtener exclusivamente lo necesario para no morirse de hambre. Un principio de solidaridad, de humanidad, de defensa de la especie, nos obliga a cambiar fundamentalmente esa oprobiosa tiranía de un egoismo suicida ». (De un discurso pronunciado en la municipalidad de Santiago de Chile al agradecer un mensaje de los obreros chilenos para los obreros uruguayos).

—¿Y de las reivindicaciones feministas, qué puede decirnos, doctor?

—« La Revolución francesa, que proclamó los derechos del hombre, no pudo hacer gran cosa por la equiparación de los sexos, aun cuando ello estaba en el pensamienso ilustre de los que la realizaron. Sea por egoísmo, por rutina, o por restos de prejuicios que pudieron salvarse de aquel huracán libertador, la legislación que perduró a través de su obra reformadora y cuyas huellas siguieron casi todos los legisladores, dejó a la mujer en una irritante inferioridad con respecto al hombre, no sólo en cuanto a los derechos políticos, sino, también, con respecto a los derechos civiles, a la organización de la familia, a la ley penal, etc., y causa verdadero asombro que tales injusticias hayan podido cometerse y persistir. Felizmente, en nuestro país, y lo constato con verdadero orgullo, los hombres públicos se han preocupado ya, sin esperar las solicitaciones femeninas, de reparar esa situación, pudiendo esperarse, con fundados motivos, que dentro de breve tiempo habrán desaparecido de sus códigos esas absurdas desigualdades, reintegrándose a la mujer a la plenitud de sus derechos ». (De un discurso pronunciado en el Instituto Norteamericano Grandon de Montevideo).

— ¿ Qué podría decirnos, doctor, del pretendido espíritu imperialista de los EE. UU. de Norte América?

— « Que pueden haber existido en la historia errores de procedimiento y actos que hayan podido lesionar ajenos intereses y sentimientos respetables, pero afirmo, decididamente, que hoy y para el futuro, sólo la cordialidad, y un gran deseo de justicia, de libertad recíproca y de igualdad para todos reina en las esferas dirigentes de los EE. UU. y abrigo la convicción más absoluta de que, en el campo de las reparaciones generosas y de las soluciones equitativas, los EE. UU. disputarán a los pueblos más justicieros el cetro de la equidad, desarmando algunos espíritus suspicaces que atribuyen equivocadamente intenciones egoístas a su política internacional ». (De un reportaje que en Nueva Orleans, le hizo el corresponsal de « La Nación » de Buenos Aires).

— ¿ Y la impresión de su viaje por los demás países de América?

— « Ya en mis manifestaciones en los EE. UU. expuse los sentimientos inequívocos de amplia y respetuosa confraternidad que aquel gran país abriga sin distinción por todos los pueblos del continente. Pues bien; en las visitas que acabo de hacer a Panamá, Ecuador, Perú, Bolivia y Chile, como anteriormente al Brasil y Cuba, por lo mucho expresivo que he podido ver, aquel mismo espíritu se prolonga por todas partes y se adueña de todos los pueblos y de todos los gobiernos americanos la más íntima cordialidad en las intenciones de un vehemente deseo de cimentar sobre bases permanentes y eternas el porvenir de las naciones colombianas ». (De un reportaje que le fué hecho en Chile por el corresponsal de « La Nación » de Buenos Aires).

— Conoció, usted, al presidente Wilson y tuvo

ocasión de tratarle. ¿ Qué impresión personal le produjo ?

— « No omito ocasión para expresar toda mi admiración por el noble espíritu que hoy gobierna a la gran república del norte. Mi trato personal con el presidente Wilson me permite afirmar, de de una manera absoluta, que tanto él como los eminentes estadistas que a su lado consagran sus energías y virtudes a la causa de la humanidad, no abrigan sino sentimientos de elevado respeto y cordial afecto para todos los países de Sud América ». (Del mismo reportaje).

— ¿ Qué piensa, usted, de los ataques de que ha sido objeto por parte de algún diario bonaerense ?

— « Que ellos no responden ni a la opinión del pueblo ni a la del gobierno argentino. Conviene tener en cuenta que el doctor Zeballos, posiblemente autor de esos ataques, ha caracterizado su actuación por una marcada tendencia a una neutralidad favorable al gobierno alemán, así como de franca hostilidad hacia nuestro país. Ni el gobierno ni el pueblo argentino participan de esta política con respecto a la política internacional europea. Una prueba de ello la ha dado el pueblo, el parlamento, la prensa y la mayor parte de los grandes pensadores argentinos que estuvieron con los aliados. En cuanto a la finalidad de mi viaje, atribuirle móviles egoístas de provocar la formación de círculos en América, en oposición los unos con los otros, sólo puede hacerlo quien no haya leído los discursos que he pronunciado en Norte América como en los países latinos, en los cuales he sostenido siempre la necesidad de una unión de todos los países de América. He combatido la formación de grupos antagónicos y he afirmado la conveniencia de agotar todos los pro-

cedimientos amistosos posibles para que la paz de América no sea alterada, así como la utilidad de evitar toda rivalidad comercial estableciéndose tarifas especiales a favor de los países del continente ». (Declaraciones a un periodista peruano). En una entrevista que tuve en EE. UU. con un redactor del « Evening Standard », dije: « Como un ejemplo de gran valor citaré un caso referente a las relaciones entre mi país y la Argentina. En cierta ocasión durante la guerra, hubo razón para temer que los alemanes atacaran al Uruguay. En estas circunstancias, preguntamos al gobierno argentino si nos permitiría comprar armas y vituallas en su país en caso de guerra. El presidente Irigoyen contestó que no sólo permitiría que compráramos material de guerra, sino que también prestaría su ayuda al Uruguay en caso de que fuese atacado. Este gesto es una nueva confirmación de la gran solidaridad que, por lo general, prevalece entre los países de la América del Sur ».

— ¿ Cree, usted, que su viaje por América será provechoso ?

— Sí, señor, lo creo. « Es más, tengo la convicción de que a consecuencia de él se intensificarán las relaciones comerciales de varios países de América con el Uruguay; y otro resultado no menos apreciable de mi viaje ha sido el de formarme una idea más exacta de las naciones Americanas y de sus progresos y también el de conocer a sus principales hombres públicos, lo que facilita, como es natural, el estrechamiento de las relaciones internacionales ». (De un reportaje que le hizo « La Nación » de Santiago de Chile).

— ¿ Que piensa, usted, doctor, sobre los ejércitos y armamentos en América y de la institución de un tribunal de justicia internacional ?

— « Pienso que hasta ahora la organización militar de las naciones de América ha respondido a una idea de previsión defensiva. Y bien, ya que nuestros ejércitos son tan sólo guardianes del derecho y de la libertad de cada individualidad política, formemos con ellos una institución superior, organizándolos para defender el derecho y la libertad de todos y cada uno de los pueblos, para apoyar las decisiones del Tribunal de América, al que confiaríamos el contralor de nuestra vida internacional. Allí iríamos a dirimir nuestras cuestiones, en un ambiente elevado y sereno; allí se solucionarían nuestros conflictos en paz y con honor. ¿Por qué ha de ser eso un ideal de difícil realización, mientras nadie piense en imponer arbitrariamente su ley? ¿Por qué ha de serlo mientras se considere como verdad substancial que todas las soberanías, pequeñas y grandes, ocupan un mismo plano en el concierto universal? ¿Por qué ha de serlo, mientras se admita que todas tienen derecho a la misma consideración en su integridad territorial y política? ¿Por qué ha de serlo en nuestra América, donde no hay ambiente de imperialismo y de opresión? » (Autógrafo, publicado por « La Campaña » de Artigas en febrero de 1918).

— Se le ha atribuído a usted, doctor, no sabemos con qué fundamento, el propósito de gobernar prescindiendo de dar entrada a elementos de su partido alejados hoy del poder.

— A ese respecto ya he hecho declaraciones categóricas que están consignadas en el Memorándum Político que publicó el señor Antonio Bachini. « Se equivocan, dije entonces, los que me suponen subordinado a egoísmos de círculo y dispuesto a manejarme con el sólo consejo íntimo del compañerismo y de la amistad. Por fortuna, mi círculo de hombres

jóvenes se caracteriza por su inteligencia, y saben ellos que mi primera necesidad de gobernante, ha de ser la libertad de acción. Tampoco me encuentro estrechado por prejuicios, en cualquier sentido que se presuma. El país ha alcanzado una legislación progresista y humana que ya nos permite ocuparnos ahora de otros problemas vitales, con la seguridad de haber atendido debidamente las exigencias superiores del orden social ».

— ¿ Qué podría decirnos, doctor, de las satisfacciones o de las contrariedades que se reciben en el poder ?

— « La vida de un hombre público, por fecunda que sea en bienes para el país, está siempre llena de crueles decepciones y sinsabores. No basta a aquel que sea buena su actuación general, que sea recto su pensamiento, que sean patrióticos sus anhelos y constantes sus actividades, para merecer siempre el juicio sereno y justo de sus contemporáneos. La incomprensión de las ideas y de las situaciones nuevas, muchas veces tergiversadas, resta, con frecuencia, méritos a sus iniciativas benéficas, cuando no desfiguran su obra el interés o la pasión partidaria. De ahí que la vida del hombre público honrado no constituya una canongía, sino al contrario, una vida de abnegación y de sacrificio ». (Del discurso pronunciado en el banquete que, en el Hotel del Parque Urbano, le ofreció el Cuerpo Diplomático aliado, a su regreso de Norte América).

— ¿ Que piensa, usted, de la acción del aplauso, como estímulo para el gobernante?

— « Si, colocándose fuera de la realidad de las democracias, su espíritu necesitara de la satisfacción moral del aplauso inmediato como un estímulo indispensable para trabajar, bien pronto, seguramente,

tendría que retirarse a su casa, en plena decepción, a vivir tan sólo para sí, en una existencia egoísta e infecunda para la patria. Pero esto no debe suceder. La misión del hombre público es un verdadero apostolado; sus actos deben ser estimulados tan solo por el cumplimiento del deber; sus energías, en su máxima fuerza, deben ser aplicadas siempre a la obra del engrandecimiento nacional, sin que jamás lo arredren, ni lo perturben la injusticia de los ofuscados, ni los celos, la envidia o la maldad humana. Solo debe temer al juicio de la posteridad, que falla sin odios y sin pasiones subalternas ». (Del mismo discurso).

— ¿ A qué móviles ajustará, usted, sus actos?

— « He ajustado y ajustaré mis actos a las ideas enunciadas. Mi acción ha de dirigirse, siempre, a la realización del bien, por el bien mismo y por la grandeza y felicidad de la patria. Siento, con profunda alegría, que no estoy equivocado cuando creo, con absoluta sinceridad, que he actuado en el gobierno, interpretando bien las aspiraciones y los intereses del país y prometo, por mi honor, que jamás mis actos públicos se inspirarán en otros sentimientos que el del más puro patriotismo, en otro afán que el de hacer desinteresadamente el bien, y en otra aspiración que la de conseguir que reinen en la patria, la justicia, la cultura y el bienestar ». (Del mismo discurso).

— Quisiéramos, para concluir, ya que ha sido, usted, tan amable y tan gentil, que nos expresara su concepto de la vida.

— Dice Nietsche: « Plácida es mi alma y luminosa como el monte a la mañana ». Yo creo que un estado de espíritu, todo luz y todo tranquilidad, solo es deseable como refugio transitorio, como el

oásis en que se detiene brevemente el viajero después de larga y penosa travesía. La placidez enerva el espíritu y adormece la inteligencia. El combate fortifica aquél y anima a ésta. Por eso prefiero la lucha a la calma nietscheana ». (Pensamiento en un album).

Con esto llegamos al final y he aquí, cómo, sin haber conversado con el doctor Brum, le hemos reportado haciéndole formular todo un vasto programa de gobierno. Luego pensamos: ¿ Cómo ha podido « El País » mencionar « El silencio de don B. Brum » y decir: «Sin pensar que el silencio de don B. Brum, como el de Sieyes, sea « una calamidad pública ». creemos, empero, que el más elemental respeto a su país debía haberle obligado, como se estila en todas las democracias del mundo, a presentar, ante el pueblo, su programa, sus vistas, sus anhelos de candidato a la presidencia de la república » ? ¿ Cómo ha podido suceder eso si, precisamente, el doctor Brum se ha caracterizado, siempre, por ir contra todo hermetismo ?

OBRA EDITADA POR LA MISMA CASA

Wifredo ı. — « Una Realidad Internacional. — Doctor Baltasar Brum y la política exterior

ÍNDICE DE LA OBRA

Ofrenda. — A manera de Prólogo. — Proemio.

El internacionalista: Virtualidad del derecho internacional. — Motivos para una biografía. — Sinópsis de la labor internacionalista. — La doctrina del arbitraje amplio.

Política de la guerra: Oposición de valores morales entre los aliados y Alemania. — El concepto panamericanista. — La solidaridad continental.

Un volumen de 98 páginas, $ 0.35

La nueva Constitución de la República

Un pequeño libro nítidamente impreso, $ 0.